

EN FAVOR DE LA COMMUNE

Una insurrección popular conquista el mundo. Llega a un número cada vez mayor de países. A pesar de las diferencias de condiciones, de motivaciones, de culturas, de mentalidades, todas presentan un punto en común: el pueblo ya no aguanta más un gobierno que pretende imponerle su presencia y su autoridad. Se trata de la lucha de los de abajo contra los de arriba.

Nos encontramos en el inestable equilibrio del statu quo. El poder opresivo campa a sus anchas y se niega a ceder ni una pizca. Teme que la situación bascule. Que ocurra está al alcance del levantamiento popular que desdeña el Estado y, con la firmeza de una justa cólera, afirma su determinación de proseguir, sin pausa, su combate.

En un principio, el statu quo juega a favor del Estado y de sus patrocinadores. La intransigencia de los gobernantes intenta popularizar la imagen de una fortaleza inamovible que nadie logrará debilitar. Su propaganda agita el espectro de la desesperanza que frecuenta siempre la memoria de las revueltas perdidas. Cuentan con la fatiga y con el amargo “de qué sirve” para devolver a los insurrectos al nicho. ¡Nuestros enemigos se equivocan dos veces!

La solidez del Estado es solo aparente. Su poder de decisión es ficticio, se encuentra en manos de una potencia financiera mundial que poco a poco lo substituye. Muchos ciudadanos franceses inculpan a la Comisión europea haciéndola responsable de su malestar. Se le reprocha imponer a los gobiernos “elegidos democráticamente” restricciones presupuestarias que arruinan el sector público, pauperizan y matan. Olvidan que las instancias europeas no son más que un instrumento de las mafias financieras internacionales. Estas son nuestro verdadero enemigo, como lo ha revelado a los chilenos el asesino económico Milton Friedman. No obstante, aunque siguen siendo terribles, los gestores de un mercado del que son a la vez amos y esclavos, muestran cada vez menos un poder real y cada vez más un poder ficticio, una autoridad cuya puesta en escena se destina a fascinarnos como la serpiente fascina a su presa. Mas hemos probado que ya no somos presas y que revocamos la predación. Por el contrario, ellos se libran a guerras de viajante de comercio. A la vez presas y predadores se agotan en rivalidades enfrentadas y se desgarran por un hueso que pronto no tendrá nada que roer. Porque el Estado y las instancias supranacionales son acechadas por el ineluctable hundimiento de un sistema donde el dinero da vueltas en círculo, solo se reproduce a sí mismo y no es más que una forma virtual llamada a devorarse a ella misma devorándolo todo a su paso.

Los dirigentes cada vez más ignorantes, las insurrectas y los insurrectos cada vez más inteligentes. La quiebra rentabilizada del sistema mercantil no solo provoca la destrucción de la Tierra y de sus especies, sino que entraña un deterioro mental que año tras año debilita a los administradores del deterioro universal. No han sido capaces de impedir que una formidable ola insurreccional quiebre el asalto de sus mortíferas empresas. ¿Os preguntáis por el efecto bascular del viejo mundo sobre el nuevo? Tiene lugar, lentamente, bajo vuestra mirada. Jefes de Estado y gobernantes son alcanzados por el envejecimiento a medida que su nervio guerrero se esclerosa, al

tiempo que la insurrección popular y la desobediencia civil atestiguan día tras día una inteligencia que la apertura a la vida no cesa de estimular.

Lo de arriba se pudre, lo de abajo revive. Los individuos autónomos muestran una creatividad que lleva la ofensiva bajo dos puntos de mira. Mientras que análisis críticos, recursos jurídicos, sabotajes, hostigamientos por lo ridículo denuncian en la cúspide las estafas de un Olimpo de opereta, en la base se multiplican y se amplifican asambleas locales y regionales confrontadas directamente al problema de la generosidad humana en una sociedad basada en el cálculo egoísta. Este combate plural y a la vez unitario nutre la resolución de los insurgentes, su determinación de “no soltar nada”. Así la vida reivindica su absoluta prioridad sobre la economía del beneficio.

Es prioritario crear nuevas condiciones de existencia. La ruina de nuestras mejoras sociales y los ukases que el capitalismo y su democracia totalitaria nos asestan dan una idea del caos al que tienen la intención de precipitarnos. Recordemos lo acaecido en Grecia. Sostenido por una mayoría popular que le presionaba para salir de la Unión europea, el gobierno griego de Tsipras hizo marcha atrás tomando una decisión opuesta a la voluntad popular. Cedió a un claro chantaje: “si no aceptáis las medidas de austeridad que pregonamos, saldréis de Europa, ya no dispondréis de dinero, no tendréis con qué pagar los salarios, sostener las escuelas, los transportes, los hospitales. ¡Después de nosotros el diluvio!”. Tsipras debió ceder porque nada preparaba a la sociedad griega para evitar el cataclismo programado. ¿No es inquietante que no saquemos las lecciones de este desastre anunciado? ¿No deberíamos principalmente emplear nuestra energía en asentar las bases de micro-sociedades capaces de responder a los desafíos del caos y de la absurda devastación de la cual el estado del sector hospitalario, alimenticio, energético nos da una anticipación?

La falta de audacia es el principal peligro que nos amenaza. No confiar en nuestras propias capacidades, subestimar nuestra inventiva. Esperar las soluciones del Estado nos condena a vegetar en su podrida carcasa. ¿Cómo olvidar que la ley del beneficio, que determina todas las leyes del sistema, consiste en tomar con una mano lo que se nos ha dado con la otra? Dialogar con el Estado es entrar en las fauces del monstruo.

Lo importante no es tanto derrocarlo a golpes como sustituirlo por un conjunto de micro-sociedades humanas donde la libertad de vivir se emplea en experimentar las riquezas de su diversidad y en armonizar sus opciones contradictorias.

La estafa del referéndum. En Francia, las insurrectas y los insurrectos exigen un Referéndum de iniciativa ciudadana (RIC). El gobierno no quiere ni oír hablar de ello si no es en la forma de lo que él llama Referéndum de iniciativa participativa (RIP) del que evidentemente él tendrá el control. Al mismo tiempo, el mismo gobierno anuncia su desprecio de los referéndums al rechazar una petición de más de un millón de personas que se oponen a la venta del aeropuerto de París al sector privado. La misma estafa se prepara en Chile. El gobierno propone reemplazar la constituyente de Pinochet recurriendo a la farsa electoral y a sus tradicionales manipulaciones. ¿Con qué finalidad? Imponer por las instancias de arriba una constitución que servirá para legalizar el embargo del capitalismo de los recursos del país. ¿No estamos hartos de

asistir, una vez más, a este truco de magia que, en nombre del pueblo, confiere plenos poderes al mercado? ¿Cómo ratificar una constitución popular que no sea redactada directamente por el pueblo, por asambleas de ciudad y de barrio?

La lucha por la calidad de la vida se ríe de la dictadura de las cifras, de la medida, del número. La cifra es la medida del poder. Reina por la cantidad porque reina sobre los objetos, sobre un montón enorme de mercancías. Hoy descubrimos una perspectiva inversa. La calidad anula la dictadura del número. La calidad de la vida se ríe de las cuentas presupuestarias que la reducen a un elemento de ganancia. La calidad es la autenticidad vivida. Como tal, puede marcar su interés por aquello que le concierne y su desinterés por las guerras por la competencia que las mafias mundialistas se libran entre ellas. Nuestro interés es defendernos de las repercusiones de estas guerras de las que las víctimas son siempre los de abajo.

La guerrilla pacífica moviliza, bajo los aspectos más visibles, centenares de miles de partidarios de la desobediencia civil. La desmedida del engaño mediático asegura que las manifestaciones languidecen, que su número disminuye. Ni Francia, ni Chile, ni el Líbano, ni Sudán, ni Argelia, ni Irán ceden en el frente de las reivindicaciones. No se equivocan de enemigo, su voluntad no desfallece. El adversario es la máquina del beneficio que tritura la vida. El combate es el de la vida que no quiere ser triturada.

El fenómeno gana en profundidad, afecta los modos de pensar y de comportarse. Un número creciente de individuos descubren de nuevo la alegría de la solidaridad y toma conciencia de que la realidad vivida nada tiene en común con la realidad contable, presupuestaria, estadística, elaborada en las altas esferas, que no son más que los calabozos del mercado.

Ni dirigente ni representante auto-proclamado. Las asambleas auto-organizadas excluyen, además de los jefes, los aparatos políticos y sindicales con sus delegados. Por contra, los miembros de estas asambleas están dispuestos a discutir a título personal con todos los individuos, militantes o no, cualesquiera que sean sus opiniones religiosas o ideológicas. Consideran que la lucha social por una sociedad más humana y más generosa prima sobre las representaciones del mundo que cada persona edifica en razón de su historia particular. No llaman a renunciar a sus convicciones personales sino a sobrepasarlas, es decir, a resituirlas en condiciones que permitirán negarlas en su forma antigua y conservarlas en su forma nueva. Tolerancia por todas las ideas, intolerancia por cualquier acto inhumano.

La Comuna es el lugar de la vida reencontrada. Es un ágora de libertad donde todas las opiniones pueden expresarse, ser entendidas y concretarse en forma de decisiones colectivas. ¿Por qué? Porque junta al comienzo a un reducido número de gente que se conoce o aprende a conocerse. Tienen el privilegio de ocupar un terreno que les resulta familiar, donde son los mejores para intervenir con conocimiento de causa. Tienen la ventaja de estar en una proximidad a la que la federación de comunas presta una distancia crítica, una consciencia afinada.

Cada comuna es la base de una multitud de entidades parecidas. Su federación formará un tejido social capaz de suplantar un Estado que no cesa de degradar las condiciones existentes. Aquí es, en el terreno de nuestra vida cotidiana, donde nuestra

creatividad tiene más probabilidades de abatir el imperialismo estatal y mercantil. El ser humano siempre se ha doblegado sin romperse. Se acabó inclinarse, se acabó este mundo en el que, como se desconsolaba Chamfort, el corazón solo puede escoger entre quebrarse o endurecerse.

El combate de la Comuna es el de la generosidad humana contra la dictadura del beneficio. No vamos a tolerar que el capitalismo mundial y el cálculo egoísta contaminen nuestro entorno y nuestra consciencia humana. La ayuda a los más desprotegidos sale de las asambleas populares y no de la fría jurisdicción estatal y de sus rufianes xenófobos, racistas y sexistas. El ímpetu de la solidaridad lleva a una insólita e irreprimible sensación: la vida va tan a prisa que no nos da tiempo para morir. La insurrección es una cura de salud.

La mujer es la avanzadilla del combate por los seres humanos. Aquí reside su unidad. Es una unidad reivindicativa que amenaza la tradición machista y las resurgencias patriarcales. No es de extrañar que el poder tienda a dividir estas unidades en categorías para dirigir las unas contra otras: “divide y vencerás”. Tratar a la mujer como una abstracción permite hacerle asumir roles y funciones reservadas antiguamente al patriarcado. El sentido humano no está presente con la misma intensidad en la policía, la torturadora, la negociante, la militar, la mafiosa, la autócrata y en la insurgente que lucha por una emancipación del hombre y de la mujer. Pero allí donde el núcleo de humanidad no ha desaparecido del todo, ¿por qué no confiar en la vida para acabar con la coraza opresiva?

La Comuna es nuestro territorio, en él nuestra vida es legal. El Estado ha substituido a esta legalidad natural, una legalidad que nada nos obliga a reconocer. ¿No es ya caduco el contrato social por el que se comprometía, a cambio de contrapartidas fiscales, a garantizar escuelas, hospitales, transportes, medios de subsistencia? A esto se juntan las medidas arbitrarias que atentan a la dignidad humana y que su totalitarismo democrático multiplica. ¿No es evidente que nosotros estamos en la legalidad y que es él, de facto, el que está en una ilegalidad que, desde el punto de vista de sus propias leyes nos autoriza a desterrarlo? Sin embargo, la estructura municipal que ha implantado aún se aguanta. Hace de un alcalde un funcionario sumiso a su autoridad. Atenazado entre la representación del Estado y la representación de la población local, navega entre la honestidad, la corrupción y la modestia del portavoz y la arrogancia del entronizado edil. De qué manera las asambleas auto-gestionadas pueden, sin renegarse, coexistir en el cuadro de una organización municipal enfeudada al Estado? A cada territorio en vías de liberación sus propias formas de lucha.

¿Qué relación con el ayuntamiento tradicional? Nadie ignora que la experiencia de la democracia directa marca una ruptura con los modos de escrutinio que nos impone el ritual electoral. La Comuna, a diferencia del voto organizado por el clientelismo político, es la emanación de asambleas de proximidad. Los problemas que abordan son los problemas concretos que se le plantean a la población de una ciudad, de un barrio, de la región circundante donde su federación presta una visión global, mundial, a decisiones tomadas localmente. Asambleas salidas de un medio que concierne a cada uno y por tanto sabe de qué habla. Ellas concretizan una práctica de vida, no una práctica de ideología. La alcaldía es una antena, menos a la escucha de los ciudadanos

que del Estado que los gobierna. Por tanto, la Comuna es un mundo llamado a erradicar la mundialización del beneficio.

El tambor de la unidad resuena por todas partes. ¿Qué unidad? Llamar a la unidad y a la convergencia de luchas es coger las cosas al revés. Las declaraciones abstractas, por generosas que se quieran, son un engaño. Hacen suyo el viejo camino de las buenas intenciones. La esperanza no cesa de tropezar del triunfalismo al derrotismo. ¿Vamos a enrolarnos, una vez más, en estos frentes que se considera movilizan la energía de todos y todas contra lo que se limita a llevar una de las máscaras de la opresión global? En el curso de la revolución española, Berneri había lanzado esta advertencia: “Solamente la lucha anticapitalista puede oponerse al fascismo. La trampa del antifascismo significa el abandono de los principios de la revolución social”. Y añadía: “La revolución debe ganarse en el terreno social y no en el terreno militar”. ¿De dónde sale la fuerza poética de los Chalecos amarillos y de las asambleas auto-organizadas? Del hecho de poner en primer plano los problemas económicos, sociales, psicológicos a los que nadie escapa en estos tiempos de cambio (permacultura, prohibición de pesticidas, bloqueo de los circuitos mercantiles, erradicación de los perjuicios petroquímicos y nucleares, exploración energética, revivificación del tejido rural y urbano, ruptura del fetichismo del dinero, reconstrucción de la enseñanza, guerrilla llevada a cabo según el principio “Jamás destruir un hombre y no dejar jamás de destruir aquello que lo deshumaniza”).

La verdadera unidad es el combate por una vida mejor.

La desobediencia civil es un derecho imprescriptible en todos los lugares donde reina el derecho de oprimir. La redacción de una ordenanza salida de las Comunas y de sus asambleas podría garantizar este principio y dar las bases a la legalidad de una democracia cuya poesía práctica libere para siempre de la empresa estatal y mercantil. ¡Abajo la república de los negocios! ¡Viva la república del sentido humano!

Raoul Vaneigem, 27 febrero, 2020